



PILAR
EYRE
UN AMOR
DE ORIENTE

Pilar Eyre

Un amor de Oriente

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Pilar Eyre, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2016

Depósito legal: B. 17.622-2016

ISBN: 978-84-08-16165-3

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

La cinturilla le apretaba tanto que no se había podido poner ropa interior, y el vestido, hecho de prisa y corriendo por Mercedes Sogel, su humilde modista, le rozaba la piel como si estuviera elaborado con tela de esparto en lugar de crepe de seda. Su cintura había aumentado dos centímetros en este último mes, claro que el bebé tenía solo el tamaño de una lenteja según le había detallado su futuro suegro, que por algo era ginecólogo y debía entender de estas cosas. Sin querer, Muriel sonrió, la única sonrisa que llegó a esbozar ese día, 20 de enero de 1971, porque se había enterado de que el doctor Campos Soto, el padre del que iba a ser su marido, había dicho al conocer su estado de buena esperanza:

—Los hombres de España, cuando dejamos preñada a una mujer, nos casamos con ella.

Aunque luego había tenido a bien aclarar:

—Estoy hablando de chicas decentes, por supuesto.

Las otras es de suponer que debían apañarse solas con el problema.

A pesar de que no se le notaba, a pesar de que se había puesto una banda ancha de organza de color marfil en la cintura y llevaba un velo de tul de quince metros que la cubría entera como una novicia, se colocó el ramo delante del vientre para disimular, porque nadie debía enterar-

se de que se casaba de penalti; claro que lo de ramo no dejaba de ser una exageración. Eran cuatro rosas blancas que ya estaban algo mustias y colgaban como lenguados hervidos, pero a Muriel nada le importaba ni veía porque entró en la iglesia llorando desconsoladamente mientras a sus espaldas caía una lluvia fría y oblicua propia del invierno.

Sus lágrimas rodaban por sus mejillas sin que ella hiciera el menor esfuerzo por contenerlas.

No lloraba por el vestido, ni por las flores, ni por los fotógrafos gritones que se subían a los bancos, ni por los vecinos de Illescas que se agolpaban en la puerta y trataban de entrar a empujones. Illescas, Toledo, por cierto, un lugar del que ella, hasta ese momento, nunca había oído hablar. Lloraba porque no quería casarse, no quería estar ahí, no quería unir su destino a un hombre al que apenas conocía y que, a pesar de su fama de amante experto que hasta había tenido una novia inglesa y otra francesa, a pesar de este espectacular currículum, la había dejado embarazada en el tercer polvo que habían echado.

Un vecino tuvo el descaro de levantar una punta del velo y retrocedió estupefacto:

—¡Es china!

Lloraba porque no entendía ese mundo vociferante que la abofeteaba con su grosera curiosidad. Lloraba tanto que el cura, Pepe Aguilera, que había casado dos años atrás al íntimo amigo de su novio e incipiente mánager Fernando Abad, le contó luego con preocupación que «nunca había visto una novia tan triste».

Entró en la iglesia del brazo de su tío Juan María, no había podido hacerlo con tío Rodrigo, en cuya casa de la madrileña avenida del Generalísimo vivía, porque era un

tío postizo ya que en realidad no estaba casado con su tía Daisy, hermana de su madre, y esto en la pacata España no dejaba de ser un escándalo. ¡Aún gracias que los dejaron entrar en la iglesia viviendo amancebados! Que no se olvide que el adulterio estaba penado por ley con seis meses de prisión, y tanto tío Rodrigo como tía Daisy habían abandonado a sus respectivos cónyuges en Filipinas para vivir en pecado en Madrid, eso sí, de una forma bastante comfortable gracias a varias inversiones en Estados Unidos y en Suiza.

El padre no se había molestado en acudir desde Manila. Todavía estaba enfadado con Muriel porque lo había desafiado saliendo con un *play boy* de mala reputación, John Know, quince años mayor que ella, el primer hombre de verdad de su vida. Porque Muriel, a pesar de su aspecto cándido e inocente y de la apacible serenidad de su rostro, conocía ya el amor total y apasionado, ese amor que te abre el pecho con las manos para arrancarte el corazón, y no podía recordar la sensualidad de la boca de John ni la caricia de su mirada sin sentir una corriente eléctrica que la sacudía de arriba abajo.

No, los tres o cuatro novios juveniles, incluso ese primo del que se había enamorado cuando tenía doce años, no contaban.

John era el hombre de verdad. Cerró los ojos. Tuvo que hacer un esfuerzo terrible para ahogar el gemido que llegaba a sus labios. Respiró hondo y se dijo, no seas peliculera, es un mareo porque estás embarazada, pero ahora no puedes marearte, ahora no.

Mientras su hija se casaba, el padre gruñía sordamente masticando un puro tras las cristaleras del Viejo Casino Español de Manila, «yo no la he enviado a España para que

acabe dejándose comprometer por un muchacho al que apenas conoce y que encima es artista, para eso podía haberse quedado aquí».

Se sacó el puro de la boca y lo miró con resentimiento. Muriel se lo encendía a veces y se apoyaba en su hombro viendo cómo se lo fumaba. Sin querer sintió un nudo en la garganta y carraspeó virilmente.

¡Los hijos, que no le daban más que disgustos!

¡Esa sangre mestiza, que no había traído nada bueno!

Porque su mujer, la madre de Muriel, Cristina Segura, tan guapa que en su juventud la llamaban la Perla de Manila, era hija de una indígena llamada Teodorica y esa gota de sangre filipina era la que confería a Muriel su magnético y seductor exotismo y sus ojos color caoba claro iluminados siempre por una expresión risueña.

Los Crosby-Segura eran una familia bien pero venida a menos. El padre, de origen andaluz, era inconstante y de carácter difícil, y saltaba de un empleo a otro hasta que la Perla de Manila no tuvo más remedio que tomar la riendas y ponerse a trabajar vendiendo casas porque en la familia había seis nuevas bocas que alimentar. De los seis hijos, Frank, Eugenia, Muriel, Pedro y los gemelos Cristina y Mateo, los dos chicos mayores, Frank y Pedro, habían salido rebeldes, desordenados y problemáticos. Cada día los padres temían recibir alguna noticia fatal, y esta desazón marcó el ritmo de la familia y estableció entre el matrimonio un vínculo especial que no se rompería jamás.

De las tres niñas, Muriel había sido la más dócil. Su hermano mayor, Frank, que tenía debilidad por ella, le decía en los escasos momentos en los que estaba en casa:

—Desciendes de una tribu noble, los kapampangos,

que eran los dueños de todo esto, que no se te olvide nunca, Murieli. Tú siempre con la cabeza muy alta.

Ella le masajeaba los hombros para que se relajase y él suspiraba:

—Se nota tu parte indígena en la manera de dar masajes, hermanita..., eres tan suave...

Sí, era suave y dócil. Lo fue hasta los quince años.

La transformación fue rápida, como ocurre siempre en el Trópico. Un día era una niña morenucha y con trenzas, y al otro se cortaba el pelo y llegaba corriendo a su casa de la calle Ponce con el uniforme del colegio de las asuncionistas, la falda plisada azul le golpeaba las rodillas por atrás. Empezó a sacarse la corbata y la blusa blanca en el vestíbulo, aun con combinación se metió debajo de la ducha y puso el grifo de agua caliente al máximo. Rabiosa, le gritó a su madre que acudía al cuarto de baño alarmada:

—No vuelvo más al colegio.

Se sentía sucia por las miradas lúbricas de los hombres siguiéndola por la calle.

La madre se encogió de hombros, al fin y al cabo el futuro de Muriel estaba muy claro: casarse muy bien, dejar a los hijos en manos de criadas indolentes y perezosas y pasar el verano en Bagio debajo de una sombrilla para que no se oscureciera su piel trigueña.

Nadie le preguntó si esa vida le gustaba y Muriel se sometió dócilmente a su destino. Tuvo dos pretendientes primero, Rodolfo Araluce y Charlie Pérez, y dos novios, uno detrás de otro, por supuesto. Casi iguales, Coque Cantos y Ramón Lucas, sus familias poseían plantaciones de caña de

azúcar, jugaban al polo, hablaban inglés y eran del círculo de la mujer del presidente, Imelda Marcos, que cada vez que se encontraba a Muriel le decía:

—Qué niña más educada.

Únicamente el padre, al verla siempre tan silenciosa, le preguntó alguna vez con cierta aprensión:

—¿En qué piensas?

Pero no esperaba su respuesta, porque, como le secretaba a su mujer:

—Esta chica me da miedo.

La madre meneaba la cabeza y rezaba interminablemente el rosario. Rezaba por todos los hijos, pero sobre todos ellos por Frank, con ese instinto certero que suelen tener las madres. Pedía:

—Yo sé que este hijo mío va a sufrir más que los otros.

Pero a nadie comunicaba sus temores.

Muriel fue reina de las fiestas del barrio de San Lorenzo, la revista para adolescentes *Teenstone Magazine* la eligió «personalidad del mes», empezó a comprarse su *trousseau* de boda... Y cuando parecía que la vida no iba a darle ya ninguna sorpresa, conoció a John. Solo tuvo que mirarla y escogerla; ella comprendió que su destino estaba marcado con una cruz y que esa cruz era John.

La vio en un desfile benéfico en el Hotel Sheraton organizado por Imelda Marcos, una de las actividades preferidas de la «presidenta», aunque los beneficios recogidos nunca quedó muy claro dónde iban a parar. Chicas de las familias con pedigrí de Manila desfilaban con la gracia alada y sin mérito de los quince años, se exhibían sobre la pasarela como una forma de decir a los muchachos que abarrotaban el local:

—Esta soy yo, y estoy aquí para quien quiera cogerme.

John, que había viajado bastante, luego le comentó a Muriel burlescamente:

—Es como el Barrio Rojo de Ámsterdam, las mujeres se exhiben en los escaparates para que las elijan los clientes, pero allí son más baratas.

Porque, en Manila, el precio por poseer a estas muchachas en flor era el matrimonio. Claro que todos eran de sangre caliente y no era extraño que las bodas tuvieran que precipitarse y que los miembros más potentes de la colonia española, los Soriano, los Inchausti o los Zobel, echaran una mano para conseguirles un empleo a estos padres prematuros que apenas habían salido de la adolescencia, de los cuales algunos ni siquiera habían terminado el colegio.

John ya estaba de vuelta de todo esto; era más sofisticado, más mayor, más rico y más despiadado. Estaba sentado entre el público con un cigarrillo entre los dedos. Muriel llevaba un traje verde ajustado de seda con unas lentejuelas en el escote y se detuvo frente a él. Se miraron. A John le llamó la atención la expresión de Muriel, cálida y dulce, extremadamente seductora. Y que la tela del vestido fuera tan sutil que se le notaran los pezones.

No hubo más, pero cuando llegó a su casa la esperaban en el vestíbulo seis enormes ramos de rosas rojas. Cristina le tendió con manos temblorosas una tarjeta:

—Es de ese hombre.

Porque John no era un chico, sino un hombre. De rasgos exóticos, moreno, muy fuerte; iba con su coche deportivo, un Mercury, y dilapidaba sin freno la fortuna familiar.

Muriel se enamoró, su corazón parecía derretirse en su pecho y al mismo tiempo su sangre corría locamente por sus venas. El novio, la familia, los languidecientes estudios,

todo desapareció para ella... casi, incluso, su reputación. La sociedad filipina, muy chismosa, pronto empezó a murmurar de aquella pareja que se exhibía en el Yatch Club y en el Manila Polo y que bailaba en el Maranao's mejilla contra mejilla *doesn't everyone love Baby Ruth*, ¡dieciséis años contra treinta y dos, un escándalo! Porque desde el principio le reveló que no era un hombre para casarse.

—No estoy hecho para eso.

El primero en enterarse fue su hermano Frank. La detuvo un día en el pasillo, la cogió por los hombros que se estremecían presos de un extraño nerviosismo e intentó leer en sus ojos. Ella le aguantó valerosamente la mirada y Frank la soltó con un suspiro, él tenía sus propias preocupaciones. Cuando al padre le contaron en el Casino con reticencia que Muriel era la última conquista de ese depredador de mujeres llamado John Know, llegó a casa rabioso, su rostro reflejaba una fría y hosca cólera cuando la cogió de la mano y la encerró en su habitación. Era el segundo escándalo de la familia porque Daisy, la hermana de su mujer, se acababa de fugar con el marido de su mejor amiga dejando atrás entre los dos media docena de hijos.

El padre le dijo a su mujer despectivamente:

—Muriel es igual que tu hermana.

¡La sangre mestiza, caliente e ingobernable!

La madre sugirió con timidez:

—Pues que se vaya a Madrid con ella. Allí creen que Rodrigo y Daisy están casados, los reciben en todas partes y tienen una gran fortuna.

Y fue así como sacaron sus ahorros del banco, le compraron a la niña un billete solo de ida y la subieron a un avión.

Era una mañana de tormenta. John había jurado que la raptaría, y Muriel, zarandeada por el viento furioso, esperó hasta el último momento que se presentara a lomos de un caballo blanco y la llevara con ella.

Pero no ocurrió. Tenía solo diecisiete años, se fue a Madrid con el corazón destrozado y en el avión sintió consternación, anhelo, odio, rabia, toda la música del universo, y nunca más volvió a verlo.

Sin darse cuenta murmuró:

—Nunca más.

Y canturreó:

—*Doesn't everyone...*

Su tío Juan María se inclinó hacia ella:

—¿Qué dices, Murielita?

¿Cómo, hablando sola en la iglesia el día de su boda? Meneó la cabeza, algunas gotas de lluvia se desprendieron del velo, el bajo de su vestido estaba empapado y pesaba mucho. Tropezó.

Al final, se había marchado de Manila para ampliar su mundo y había venido a parar a esto. A un lugar muy pequeño. En el que solo cabían dos, Luis y ella.

Luis... Para siempre.

Un paso, dos. A Muriel, el camino hasta el altar le pareció el camino hasta el cadalso, se sentía como María Antonieta subiendo al patíbulo rodeada de multitudes vociferantes que pedían su cabeza, los arrapiezos del pueblo le pisaban la cola del vestido, alguien le gritó:

—Eh, tú.

Ella lo miró sin darse cuenta y el hombre se pasó la lengua lascivamente por los labios, tío Juan María tuvo que sujetarla para que no cayese. Le dolía la espalda, sentía el estómago lleno y pesado aunque estaba en ayunas, una

frialdad mortal en las sienas sudorosas y un hormigueo constante en la punta de los dedos.

En el altar la esperaba Luis. Le cogió la mano; el cámara del *No-Do* chilló:

—Apartarse, vamos a rodar.

Destellaron los focos, se hizo repentinamente de día, le pareció que se abría un abismo bajo sus pies y Muriel sintió un vértigo tal que estuvo a punto de desmayarse.

Luis, allí, a su lado: un chico de mejillas chupadas, enorme dentadura, con una cojera marcada y una pierna más delgada que la otra, tartamudo, un alfeñique estrecho de pecho que se había librado del servicio militar por su debilidad física, que ni siquiera había terminado la carrera de abogado y que encima tocaba la guitarrita y era cantante.

¡Cantante! En el imaginario de Muriel era poco más que domador de circo o trapecista.

¡Y ese hombre iba a ser su marido! ¡Para siempre!

Claro que había ganado el Festival de Benidorm, pero ¿Benidorm? ¡Si eso era un lugar tan ignoto como Illescas! Y esa canción, «Todo sigue igual», ¿habrase escuchado tontería mayor? Había quedado cuarto en Eurovisión y había hecho una película, pero Muriel ni siquiera la había visto. A ella le gustaban Simon and Garfunkel y en plan clásico Bing Crosby. Lo había bailado muchas veces en Manila de forma apasionada, y en Madrid de forma más púdica, practicando la típica palanca con los codos y las rodillas en la que eran duchas todas las chicas en aquellos años tan virtuosos.

Por cierto, que así, Crosby, salió su hasta entonces desconocido apellido en algunas crónicas sociales. En ese tiempo remoto aún era más conocido el gran Bing que ella.

El técnico del *No-Do* se dio por satisfecho con las tomas, los fotógrafos bajaron sus cámaras y empezó la homilía del padre Aguilera, que si la mujer debería estar junto a su marido como el álamo junto al camino, que si la vida ya no podría ser igual porque ahora estaban casados... Luis escuchaba con atención pero no dejaba de mirar a la novia, porque así ofrecía su mejor perfil a los objetivos de las cámaras, pero ella tenía la mente en otro sitio.

Debía mantener la mente en otro lugar para no cogerse la cola del vestido y salir huyendo de la iglesia, de Illescas, de España y del mundo entero.

¿Dónde está ese puente sobre aguas turbulentas, Simon and Garfunkel? ¡Quiero cruzarlo!

Venid, recuerdos.

No, John, no. Pensar ahora en John, no. Cuando estaba con él gemía sordamente, ya no se acordaba si de placer o de dolor.

Meneó la cabeza y se recitó una oración que no tenía nada que ver con el padre nuestro que se estaba rezando en ese momento: de Manila no había que acordarse, ni de Coque, ni de Ramón, ni de los ramos de rosas rojas.

Los pensamientos giraban enloquecidos en su cabeza y ya solo tenían un nombre: Luis. Ya solo Luis. Lo que había sentido cuando se habían conocido.

Sí, la verdad es que Luis, de entrada, le había hecho gracia. Fue en un guateque flamenco en casa de Juanito Olmedilla. Muriel iba con sus amigas Margarita Vega y Carmencita Martínez-Bordiú, la nieta de Franco. Iba vestida con una blusa muy apretada y pantalones anchos, el pelo recogido con dos peinetas de carey a ambos lados del ros-

tro. Sus amigas, sobre todo Carmencita, que era muy espabilada, se reían de ella porque decían que parecía una huerfanita, ya que ninguna conocía la existencia de John ni de los otros. Pidió un cubalibre y cuando se lo estaba llevando a los labios, notó unas manos masculinas alrededor de la cintura y una voz gangosa de niño bien que le preguntaba:

—Debes tener sesenta noventa sesenta.

Muriel sintió sobre su cuello desnudo un aliento alcoholizado, se giró y vio el rostro enrojecido de Johnny Güell, uno de los chicos que le «iban detrás», como se decía entonces pudorosamente. Tuvo un gesto tímido de rechazo, luego se echó a reír y ya iba a replicar en su imperfecto español que apenas había mejorado en el año que llevaba en España, «será noventa sesenta noventa», cuando advirtió en un rincón a un chico muy delgado que la miraba con las pupilas llenas de... deseo, pero también de celos e indignación. Ella ya conocía aquella mirada, era la de la pasión en estado puro. Una oleada caliente de placer le brotó desde el interior.

Muriel guardó silencio y se apartó de Johnny prendida de aquellas pupilas extenuadas. Luis ya entonces había desarrollado una manera especial de mirar dejando caer los párpados de una forma tan triste y melancólica que conseguía que todas las mujeres de la tierra desearan consolarlo y amarlo. Pero Muriel también tenía sus recursos, caminaba con ligereza y desenvoltura con la gracia del caballito de mar y exhibía una cortedad turbadora y maliciosa de niña educada en un colegio de monjas. ¡Y esa gota de sangre exótica y distinta! Eran unas armas absolutamente irresistibles.

Se miraron en silencio. Luis cayó instantáneamente preso del encanto conmovedor de Muriel, la sangre le

zumbaba en los oídos, fue un terremoto, una conmoción de tal calibre que le sorprendió a él mismo. Le dijo a Fernando Abad, «es la mujer de mi vida», y su amigo se echó a reír hasta que se dio cuenta de la expresión reconcentrada e intensa de Luis, como no se la había visto nunca.

A través de otro amigo, Julito Ayesa, consiguió salir con ella una noche, la llevó a ver a Juan Pardo a la sala Windsor, con Juan no temía las comparaciones porque estaban entonces más o menos a la misma altura, pero aun así procuró que ella se sentase de espaldas al escenario.

Juan cantaba su último éxito, «La charanga», *pola beira do río, chegaba onda min o ruído...*, pero el pobre hombre nunca tuvo espectadores menos atentos que ellos dos. Acuciado por los nervios y levantando el tono, Luis hablaba incesantemente, tartamudeando como siempre que se ponía nervioso, mientras ella lo escuchaba con una leve sonrisa en los labios:

—Yo, como él, soy gallego, bueno, medio gallego, porque mi padre es de Orense.

Muriel preguntaba que qué era eso de ser gallego y Luis respondía con grandes espavientos:

—¿Cómo, no lo sabes? —Se revolvía los bolsillos y al final terminaba por pedirle al camarero papel y bolígrafo sin importarle que los espectadores le siseasen—. ¿Ves? Esto es España y aquí está Galicia, en esta esquina.

En vez de trazar los límites de la provincia, dibujaba un corazón. Muriel no dejaba de sonreír y Luis proseguía atolondradamente sin importarle que Juan estuviera desgañitándose desde el escenario, *dime quen es ti, rapaza do tristeeee ollaaaar...*

—Se come el mejor marisco del mundo, allá en Filipinas no tenéis nada parecido. —De pronto se distraía escu-

chando—. Suena bonito el gallego para una canción, ¿no crees?

Tarareaba improvisando, ...*terra do meu amor...*, cerraba los ojos, ...*miña xoia...*, golpeaba con ritmo la mesa, taratata, apretaba los puños, ya me viene ya me viene, y de pronto, sin transición, se inclinaba sobre Muriel y le decía con voz enronquecida:

—Niña, ¿sabes que me estás gustando mucho?

Después fueron a tomar una copa a Gitanillos. Se sentaron en una mesa y Luis la escrutó con severidad:

—Abróchate ese botón, ¿quieres?

Ella miró con asombro su casta blusa de Juanjo Rocafort con un lazo al cuello, pero dócilmente se la abrochó hasta arriba.

La noche siguiente fueron a ver a José Feliciano, que, como era ciego, no representaba peligro alguno y Muriel pudo sentarse frente a él y estar atenta al escenario. Cuando salieron, Luis le dijo que quería casarse con ella, y ella se lo tomó a broma. Y con un atisbo de temor. No era tan virginal ni tan inocente como Luis creía... ¿Se decepcionaría cuando lo supiera?

Ese verano él estuvo de gira por las fiestas mayores de pueblos de toda España, pero en otoño volvieron a verse, fueron al cine a ver *Love Story*, Luis resoplaba y protestaba, «menudas mariconadas me obligas a ver», aunque al final, cuando la protagonista se muere, Muriel vio cómo se secaba furtivamente una lágrima. Otra noche Luis la invitó a la presentación de Nino Bravo en Florida Park y cuando salían le comentó algo pesaroso moviendo la cabeza:

—Qué voz tiene este pedazo de cabrón. —Y sin cambiar el tono—: ¿Hace falta que vayas tan corta?

Siempre estaban alegres. Ella, años después, recordaba el fulgor de aquellos días resplandecientes, «¡nos reíamos mucho!». Como todos los enamorados, no se cansaban de rememorar el momento en que se habían conocido y Muriel le preguntaba con picardía:

—¿Y cómo te diste cuenta de que no era española?

Y Luis abría los ojos desmesuradamente y decía:

—Ah, pues no sé, ¿quizás porque al ser tan rubia parecías sueca?

Ella se echaba el pelo hacia atrás y se reía sacando medio centímetro de lengua entre los dientes, en las comisuras de los ojos se le ponían unas arruguillas que los achinaban aún más, Luis le cogía la mano y le suplicaba con la voz rota:

—Cuéntame cosas.

Y Muriel le hablaba de su colegio, «teníamos que llevar trenzas», «no podíamos levantar la vista del suelo», «mamá me llamaba Márely»...

De sus hermanos, que andaban en mala situación, ni de Ramón, ni de Coque, ni de John, claro está, ni de las horas tórridas y húmedas que habían pasado juntos, no contaba nada. Para Luis era una niña inocente recién salida del convento, una especie de reencarnación de la doña Inés de *Don Juan Tenorio*.

—...Una vez me castigaron porque dije caramba, estaba considerado una palabrota.

Luis le advertía con gravedad:

—Es que «caramba» es un taco muy gordo, aquí solo lo dicen las fulanas... Las señoras dicen cabrón e hijo de puta. Va, dilo.

Y Muriel, que apenas conocía el castellano (o que fingía no conocerlo), repetía mansamente con su acento cantarín:

—Higo de...

—No, higo no, higo es eso que se come...

—¿Cómo? —preguntaba una desconcertada Muriel.

—Bueno, puedes decir si quieres estoy hasta el higo.

—Estoy hasta el higo.

—Bien, ahora di hijo de puta.

—Estoy hasta el higo hijijijio de puta.

—Chico, chico —chasqueaba los dedos llamando al camarero y le susurraba a Muriel—. Ahora dile, hijo de puta, tráeme un cubalibre...

Yella le pegaba con el bolso y entonces todo era verano.

Loco de amor, Luis bufaba como una locomotora, le dolían hasta los dientes de deseo y de repente arrimaba su rodilla a la de ella por debajo de la mesa y le acariciaba el muslo, pero si llegaba muy arriba Muriel le arreaba un patadón que le hacía ver las estrellas. Él gemía:

—Eh, cuidado, que ha sido la pierna buena, al menos dame patadas en la mala, que como ya está hecha una mierda por culpa de ese puto coche...

Prefería achacar su cojera al accidente de coche que al tumor que había tenido en la columna vertebral; si Muriel intentaba ahondar más en el tema, hacía un gesto despectivo:

—Te digo que ya estoy bien, ya ni me acuerdo.

Aunque ella les contaba remilgadamente a sus amigas que «no parece artista, es muy educado», lo cierto es que Luis quería más y no se contentaba con unas caricias disimuladas debajo de la mesa. Como típico producto de su época, le gustaban las chicas vírgenes pero hacía todo lo posible para que dejaran de serlo y con esa brutalidad propia de su género seguía la máxima de «prometer hasta meter y una vez metido, olvidar lo prometido».

Pero no con Muriel. Muriel le fascinaba porque era un ser lleno de gracia y femineidad, pero también era un reto que lo desconcertaba y le sacaba de quicio por su forma de comportarse. Un día estaba muy fría y él se desesperaba creyendo que estaba perdiendo el tiempo, cogía el primer avión y se iba a Londres a ver a Katerine Huntington. Sí, la protagonista de su canción más famosa.

A ella no tenía que rogarle, solo susurrarle «dentro de mí conservo tu calor...». Precisamente por esta frase, que a él le pareció muy poética cuando la compuso, los periodistas con mucha guasa le llamaban «el termo». Con mucha guasa para ellos, claro, porque él no le veía maldita la gracia al asunto.

Katerine era una chica moderna que creía en el amor libre y en el *flower power*; lo esperaba desnuda en la cama y fumándose un cigarrillo de marihuana, y él no tenía más que tomarla, y su cuerpo saltaba de inmediato como bajo un trallazo; pero esta entrega fácil que antes le había entusiasmado ahora le aburría. Regresaba insomne y desquiciado a Madrid con el corazón laténdole de tal manera como si un puño le golpease el pecho, y se decía, es la última vez que llamo a esta filipina hija de puta, salgo con ella por el placer de enviarla a la mierda; la iba a buscar con su Seat Coupé a su casa y ese día Muriel estaba tan cariñosa que Luis casi lloraba de agradecimiento y hubiera puesto el mundo a sus pies. Un día se negaba a besarla y al otro iban al cine y se dejaba acariciar de tal manera que Luis perdía la razón. Salían de la sala, ella impecable, con su expresión cándida e infantil, el pelo cuidadosamente partido en dos por una raya perfecta, y él con la camisa desbaratada, los ojos inyectados en sangre, el pantalón abultado, y, perdiendo el dominio de sí

mismo, casi a empujones la metía en un hotel; con voz jadeante exigía:

—Una habitación.

Y el portero, acostumbrado a esos trances, los miraba con indiferencia y les pedía:

—El libro de familia.

Y Muriel salía corriendo a la calle, él la seguía, intentaba cogerla por el brazo y ella se desasía con indignación, «qué vergüenza..., a mí no me hagas pasar por esto nunca más...; todo el mundo nos miraba», y Luis, desencajado de deseo, aun así soltaba una risotada nerviosa, «qué nos van a mirar, no nos ha reconocido nadie», y añadía rabioso, quitándose la corbata de un tirón, «y menos a ti, niña».

Sí, Luis ya era conocido porque había ganado el Festival de Benidorm con «Todo sigue igual», había hecho una película y su «Katerine» iba la primera en las listas de éxitos, pero a ella no la conocía nadie fuera de los círculos bastante cerrados de la buena sociedad madrileña.

Estuvieron semanas sin verse. Muriel no se ponía al teléfono, se quedaba en la penumbra agrídulce de su habitación escribiendo cartas a su madre y a su hermano Frank, su confidente, le contaba que se despertaba muchas veces con la almohada mojada, que lloraba en sueños y que no sabía por qué... Él le contestaba siempre, pero cartas cortas, con frases de aliento que reflejaban, sin embargo, una gran desesperanza, un gran dolor... «La vida no es un cuento de hadas». Muriel no supo interpretarlas y se reprochó más tarde su involuntario egoísmo.

Más tarde no, toda la vida se arrepintió de no haber sabido ayudar a aquel hermano demasiado grande para un mundo muy estrecho.

¿Por qué en Madrid siempre hacía tanto frío? Se ponía de rodillas en el suelo rezando el rosario como su madre, pero ella no encontraba ningún consuelo, tenía añoranzas extrañas, misteriosas alteraciones que no sabía qué eran. Carmencita Martínez-Bordiú, que se acababa de fugar con Fernando de Baviera, que además estaba casado, la había llamado desde Niza y le había dicho:

—Llevamos tres días metidos en el hotel sin ver la luz del sol.

Muriel era la única chica de la pandilla que no la criticaba, al contrario, le tenía envidia. Ella sabía lo que era eso, perder la cabeza, enamorarse; te ríes sin motivo, pero también lloras, ruedas sobre la cama y cierras los ojos y no puedes dejar de evocar la figura de tu amado, sientes oleadas de felicidad y de miedo. Admiraba a Carmencita porque había sido valiente; ella también podría serlo, ¡si hubiera motivo!

Si no se hubiera ido de Manila... Si hubiera desobedecido a sus padres...

Luis, Luis, gemía por las noches sin darse cuenta, pero después se arrepentía.

Tenía solo diecinueve años, pero se sentía muy vieja, como si ya hubiera vivido muchas vidas. Acudía desganadamente a sus clases de secretariado internacional en las Irlandesas de la calle Velázquez.

Se enteró de que el marqués de Villaverde había ido a buscar a su hija, la había traído de vuelta a Madrid y la había encerrado en casa. Todo el mundo lo sabía, pero nadie lo comentaba en voz alta porque al fin y al cabo, descarriada o no, era la nieta del caudillo. Muriel la llamó y la criada le dijo:

—El señor marqués ha dado orden de que la señorita no se ponga al teléfono.

De repente Madrid le parecía tan pequeño como un pueblo, tan cerrado como una cárcel, tan sórdido como Manila. Aunque ella no preguntaba, sus amigas se cuidaban de explicarle con aviesa intención:

—Luis se ha ido a Inglaterra, a Londres otra vez, a ver a esa fresca. Tonta, lo vas a perder haciéndote la estrecha.

Se despertó su interés, un chispazo, que luego se convirtió en una llama de mechero y más tarde en una hoguera. ¿Luis, que tan enamorado estaba de ella, con otra? Y Muriel, que se enfrentaba a la primera infidelidad de Luis, pensó inocentemente que había sido ella con su actitud la que lo había lanzado en brazos de «esa fresca» ¡y se sintió tremendamente culpable!

Se quedaba despierta en su cuarto, las paredes le parecía que estaban impregnadas de horror y veía imprecisas hostilidades en los rincones más sombríos. Una noche se levantó y corrió la cortina de un golpe seco. Le había parecido que bajo sus pliegues se escondía un intruso.

Los objetos le gritaban todos los insultos en castellano que conocía y que le había enseñado Luis, «gilipollas, idiota, hija de puta, me importa un higo», tenía la garganta en carne viva y lloraba lágrimas de rabia no sabía si por él, por la inglesa o por ella misma.

Hasta la moderna de tía Daisy la reñía:

—Niña, no se puede ser tan rígida, una mujer necesita estar con un hombre para alternar en sociedad, si no, estás desguarnecida; pero los chicos se cansan de insistir.

Las amigas se lo decían también, se lo repetía ella misma:

—¡Es mi culpa!

No sabía los centenares de veces que iba a acordarse de lo estúpida que fue entonces.

Al final, se puso como plazo dos días para llamarlo. El primero lo pasó en su habitación leyendo *El valle de las muñecas*, de Jacqueline Susann, que había tenido que forrar con papel de periódico y sacar a escondidas porque entraba en la categoría de «verde». El segundo, se levantó, se duchó y vistió cuidadosamente, se puso el pañuelo de Hermes que le había regalado John en tiempos lejanos en la lejana Filipinas y se fue a clase. Al mediodía, al volver a casa, llamaría a Luis con alguna excusa. Devolverle una caja de cerillas que le había dejado para limarse una uña, por ejemplo. No era un gran pretexto, pero a ella no se le ocurría nada más.

Pero no hizo falta. Un Luis ojeroso y enflaquecido fue a buscarla al salir de la academia y le suplicó con voz de enfermo que volviera con él.

Esta vez no se hizo de rogar.

Sabía que iba a enterarse de que no era el primer hombre de su vida, pero confiaba en que, estando tan enamorado, eso no iba a importarle. También se repetía que su conciencia estaba tranquila, ella nunca había pretendido engañarle, únicamente había callado, y callar no es mentir.

Eso sí, antes de entregarse con armas y bagajes preguntó con dulzura pero con firmeza.

—¿Y se acabarán todas las Katerines?

Él la miró intensamente con los ojos humedecidos y le puso el índice cruzándole los labios:

—Te lo juro, pequeña.

Luego bajó los párpados, volvió a levantar la mirada, cogió su mano y colocó la palma abierta contra su corazón,

encima puso la suya y repitió en un tono tan sincero que a ella le dieron ganas de llorar:

—Te lo juro.

La misma voz honda y grave, de pozo profundo, que tenía cuando el cura le preguntó, al final de esa ceremonia que se le hizo larguísima pero después supo que solo había durado quince minutos:

—Luis Campos de la Cruz, ¿quieres a Muriel Krosby Segura por esposa hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero.

Pero el técnico de sonido de televisión dijo que los micros no habían funcionado y hubo de repetir. El cura intentó protestar:

—Que esto no es un show.

Y Herreros, el representante de Luis, alzó la voz irri-tado:

—Claro que es un show; repitan, por favor.

El sacerdote repitió gritando la pregunta y Muriel y Luis volvieron a contestar lo mismo, pero esta vez con la boca pegada al micrófono. Luis miró a Quique Herreros y este levantó el pulgar.

Después ambos se enterarían de que habían ido mil quinientas personas a su boda y las mil quinientas rugieron en ese momento como un solo hombre. Y se oyó claramente de nuevo a Herreros gritando con la voz enloquecida:

—¡Esto está saliendo de puta madre! ¡No se había visto nada así desde los tiempos de la Montiel! ¡Luis, Muriel, esperad un minuto, que las hordas pueden mataros!

Se advertía en su tono una tenebrosa excitación cuando dijo «pueden mataros», como si eso fuera el sumun de su carrera profesional. Muriel se estremeció y no quiso vol-

verse, se quedó con la cabeza baja, como una res presta al sacrificio.

Tocó el órgano una marcha irreconocible y en ese momento sintió una mirada de odio tal a sus espaldas que se llevó la mano a la nuca como si le hubieran disparado y después se la miró. No le hubiera extrañado verla manchada de sangre.